

Datos inéditos sobre la acción militar de Iñigo de Loyola en Pamplona

por el P. Pedro Leturia S. J.

Prof. de Hist. ecles. en el Col. Máximo de Oña (Burgos)



Fué el P. Jerónimo Nadal mallorquín de nacimiento, catalán de lengua y dinamismo, activo y batallador como los buenos españoles del siglo XVI, humanista, escripturario y teólogo como formado en las Universidades de Alcalá y París, y desde 1545 en que entró en la Compañía de Jesús, no sólo uno de los más íntimos y estimados discípulos y cooperadores de S. Ignacio de Loyola, sino apóstol de los más insignes que España y la nueva Orden dieron a Roma, Sicilia, Francia, Alemania y Portugal en aquella centuria de nuestra prepotente y católica irradiación cosmopolita.

Entre sus múltiples y graves incumbencias en pro de la reforma eclesiástica, mostró siempre Nadal una curiosidad insaciable por conocer todos los pormenores de la vida del fundador de la Compañía, logrando —gracias a sus múltiples viajes y al trato con innumerables personas en toda Europa— reunir en sus cartapacios no pocas noticias que hasta tiempos recientes han quedado sepultadas en los archivos, y que en parte duermen todavía en ellos. Como ejemplo de esas notas, tomadas a vuela pluma en sus visitas, he aquí lo que anotó en su diario el año 1554, al visitar —en vida todavía del fundador— la provincia de Guipúzcoa y andar los caminos mismos del herido de Pamplona.

«Me fué sobremanera grato —nos dice— ver el suelo natal y la casa del P. Ignacio. He saludado a D. Juan de Borja, hijo del P. Francisco [S. Francisco de Borja, que por haber] casado con doña Lorenza sobrina única por parte de hermano del P. Ignacio y heredera de la casa de Loyola [vivía en el palacio solariego]. Vi en él

el sitio donde había nacido el P. Ignacio. Por cierto que estaba convertido en cocina, lo que me pareció cosa indigna..... De aquí me marché a Zaragoza, saludando en el camino a Don Moscoso Obispo de Pamplona que hacía entonces la visita pastoral y me dió algunas esperanzas de fundar en Pamplona un colegio. En la aldea donde le hallé había permanecido en cama ocho. días el P. Ignacio cuando le llevaban herido de Pamplona a su casa de Loyola.» (1)

Es obvio que con este su afán minucioso y admirativo por enterarse de las cosas del maestro Ignacio, adquiriera noticias sobre aquel episodio de la herida de Pamplona que tan de lleno pertenece a la Historia general del País vasco. Así fué en efecto, aunque no las trasladó a ese diario, sino a otros dos escritos hasta ahora inéditos y cuya noticia podrá ser de algún interés para la provincia de Guipúzcoa.

Los textos son dos, paralelos y complementarios, pues coincidiendo en lo sustancial se añaden mutuamente algunos finos rasgos de importancia. Hállase el primero en una «Apología ad doctores parisienses» que Nadal escribió en 1557 para dar a conocer a La Sorbona el verdadero carácter del ya entonces combatido Instituto. El segundo forma parte de unos curiosos «Diálogos» contra los Protestantes y Protestizantes de Alemania, escritos durante la estancia de Nadal en Colonia 1562-1563, y a los que entrevera una densa narración de la vida y actividad del fundador de la Compañía. No me detengo a dar más detalles sobre ambos manuscritos, porque los tengo estudiados ya en un folleto impreso en Bilbao 1925 (2).

Antes de transcribir los pasajes referentes a la defensa de Pamplona, he de hacer una advertencia. Es corriente suponer —y así lo repiten todas las Historias, como lo hizo con especial insistencia en el siglo XVIII el P. Alesón en la continuación de los Anales de Navarra del P. Moret— (3) que el capitán Iñigo de Loyola— al servicio en 1521 de don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera y Virrey de Navarra—, fué dejado por éste de guarnición en la ciu-

(1) En Monumenta historica Socitatis Jesu. Natalis scripta, II, Madrid, 1899, n. 32, p. 28. A esta gran colección del Monumenta se refieren las otras citas de autores primitivos de la Compañía de Jesús.

(2) En Nuevos datos sobre San Ignacio. La labor de Polanco y Nadal en los orígenes de la biografía ignaciana Bilbao, (El Mensajero) 1925. p. 20-22, 28-30.

(3) Anales de Navarra, tomo V, Pamplona, 1776, libro 36, n. 18, p. 363.

dadela de Pamplona al sobrevenir el ataque de los franceses y franco-navarros de Fox y Labrit, y que en esta situación militar acaecieron el 20 de Mayo el asalto, la herida y la rendición. Verdad es que los investigadores de los archivos pamploneses (aludo en particular a mi buen amigo Don J. M. de Huarte) habían ya advertido —no sin extrañeza— que el nombre de Iñigo faltaba en las listas del cuadro y pagos de la guarnición que desde Agosto de 1520 se conservan; pero la afirmación se ha seguido haciendo hasta hoy.

Los textos de Nadal y juntamente el testimonio de otro confidente íntimo de Ignacio, su secretario los nueve últimos años de su vida, 1547 a 1556, el burgalés P. Juan de Polanco (4), prueban sin embargo que no fué así.

Comencemos por registrar que al retirarse el 17 de Mayo de 1521 el Virrey, a fin de traer refuerzos de Castilla, dejó en Pamplona dos géneros de tropas: el presidio de la Ciudadela, formado por veteranos y en parte, como el mismo Virrey lo dice, «por criados de mi casa», y en segundo lugar «la gente de guerra» o milicias auxiliares acuarteladas de la ciudad. En carta del duque al Emperador escrita durante la retirada a Segovia hacia el 20 de Mayo —y que extrajo por primera vez del archivo de Simancas el R. P. Juan M. Pérez Arregui, profesor de Historia en el Colegio de Estudios superiores de Deusto—, (5) se nos dan sobre esto pormenores de interés. Dícesenos que la ciudadela era endeble, pero que por haber dejado en élla bastimentos suficientes y gente de su casa, permanecía y resistía aún, aunque «podría ser que se detuviera poco». En cambio la gente de guerra de la ciudad no ha podido sostenerse. La razón ha sido —añade— que «por andar malos vientos en élla», los mismos vecinos «para tener más [c]olor de meter en ella a los contrarios, movieron un recio alboroto contra la gente de guerra que yo allí había dejado; y como no era[n] parte para lo juzgar, hubieron de salir allá; y los de la ciudad robaron y saquearon mi casa, y comenzando a caminar la gente de guerra, hallaron los lugares levantados, y puestos en armas, como cosa que estaban ya prevenidos, y a los que tomaban solos y desacompañados, los mataban y robaban» (6).

Recuérdese que el Reino de Navarra estaba recién conquistado

(4) Se hallan en *Vita Patris Ignatii, Chronicon I.* Madrid, 1894, p. 11-12.

(5) En San Ignacio en *Azpeitia*. Madrid, 1921, p. 82-85.

(6) Texto de Simancas, *ibid.* p. 83. Sobre el estado e historia de la fortaleza «endeble» de Pamplona cf. *Fermin de Sojo y Lomba* en el «Memorial de ingenieros del ejército», Mayo 1927.

e incorporado a la Corona de Castilla, 1512, y que por eso —como lo escribía en 1520 su Condestable al Emperador— era «lo más peligroso de los sus Reinos de España» (7). No extrañará en consecuencia que al ocurrir la invasión de franceses y bearneses navarros en Mayo de 1521, corriesen por Pamplona y sus pueblos «los malos vientos» de que habla el duque. La salida de las tropas de la ciudad y el saqueo del palacio del Virrey debieron de ocurrir el mismo 17 de Mayo, pues ese día se encargó del mando civil de la ciudad el señor de Orcoyen Carlos de Artieda hasta la entrada de los franceses el 19 por la tarde (8). Que el alcaide de la fortaleza era el capitán Herrera, lo sabemos por otras fuentes (9). El P. Polanco nos da también el importante dato (olvidado por los demás historiadores) de que a las milicias dejadas en la ciudad las mandaba uno de los más conocidos campeones del partido navarro castellano D. Francés de Beaumont (10), quien después de tomar parte en la batalla de Villalar —20 al 23 de Abril— había vuelto rápidamente a Navarra.

Pues bien. Tanto Polanco como los textos de Nadal afirman, contra la creencia general aunque mal documentada, que Iñigo no quedó al principio en la ciudadela, sino que entró en ella en un rasgo de altiva lealtad muy digno de ser recogido en la Historia. Polanco nos dice que el duque le dejó en la ciudad a las órdenes de Beaumont; Nadal, sin negar precisamente que en las intenciones del Virrey quedara subordinado a Don, Francés, nos le pinta llegando a marchas forzadas de Guipúzcoa en compañía de su hermano mayor don Martín, cuando por lo visto se había ya marchado Beaumont, que para nada aparece en la dramática escena. Pero escuchemos ya la traducción del primer pasaje de Nadal —el de 1557— que es el más rico en datos. Los textos originales latinos de ambos irán al fin de esta nota (11).

«Movió guerra en 1521 el Rey de Francia contra los españoles y

(7) Testo *ibid.* p. 79.

(8) En Alesón, *Anales*, n. 18, p. 363. El nombre del señor de Orcoyen se lo debo a D. J. M. de Huarte.

(9) Véanse por ejemplo las cartas del Condestable y del Almirante de Castilla al Emperador durante Mayo y Junio de 1521, editadas en DANVILA, *Historia crítica y documentada de las Comunidades*. IV, pp. 183, 192, 202.

(10) En Vita P. Ignatii, tomo cit. p. 12. Es sabido que don Francés tomó parte un mes antes, 22 al 23 de Abril, en la batalla de Villalar contra los Comuneros. Cf. CAMPION, *Navarra histórica*, en la Geografía del país vasco-navarro. Navarra I, p. 507. Se conoce que Don, Francés acudió en seguida a la defensa de la capital.

(11) En el Archivo de la Compañía. «Polanc. Hist. vol. I, Apología ad doctores parisienses, fol. 45-45 v.

mandó a Navarra un ejército potentísimo. Como estuviese ya a punto de poner cerco a Pamplona, y viniesen en auxilio de esta el hermano mayor de Ignacio e Ignacio mismo, viendo que la situación era del todo desesperada, exigieron con gran empeño de los que mandaban en la ciudad, que les concediesen el gobierno de ella: que ellos la defenderían. Pero no pudieron obtenerlo, lo que exasperó y disgustó tan bravamente al hermano de Ignacio, que no quiso ni entrar en la ciudad, marchándose en seguida con su tropa. Juzgó entonces Ignacio ignominioso que también él se marchara; e impelido juntamente por su grandeza de alma exaltada ante tan difícil empresa, y por el anhelo de la gloria, dejó a su hermano, y picando espuelas a su caballo, se metió en la ciudad. Siguiéronle unos pocos. Ocupan los franceses la ciudad fácilmente. Baten con furor la ciudadela. Los demás defensores eran de opinión que se tratase de la entrega, porque parecía que dada la debilidad del castillo, no quedaba esperanza de resistir. Solo Ignacio mantuvo lo contrario, convenciendo al alcaide y aun a los otros soldados que la firmeza había que ponerla no el castillo sino en el valor, y que era preciso luchar con bizarría por el Rey, por el honor, por la gloria. Pero he aquí que mientras los cañones baten furiosamente la muralla, una granada rompe una pierna de Ignacio, quedando también la otra mal herida. Cayó Ignacio, y cayó con él el ánimo de todos.»

Como se ve la relación realza una vez más, pero con rasgos nuevos de gran significación, la lealtad y valor personal de Iñigo. No es ya sólo el cumplimiento del deber militar en el puesto de peligro señalado por el mando; es la elección voluntaria de ese puesto aun con desaire de Beaumont y de don Martín que se retiran; es la voluntad indomable de sostenerse en él por encima de la opinión general y de las prudencias del alcaide Herrera.

Pero aunque importante, no es esta la cara de más valor en el episodio. Lo nuevo del pasaje de Nadal es que a su luz, la actuación de Ignacio rebasa los límites de una hazaña personal de interés meramente monográfico, adquiriendo significación estratégica y aun política. Nótese en efecto que aparece conduciendo a Pamplona en el momento decisivo tropas auxiliares de Guipúzcoa. Lo dice todavía con más precisión el segundo pasaje de Nadal —el de 1562— (12). que empieza así:

(12) Ibidem, «Natalis Meditat, et Dialogi de Instituto. Dialogi P. Jeronimi Natalis Societatis Jesu», fol. 293.

«Sucedió el año 1521 que, al tratar los generales del Rey cristianísimo de poner cerco a Pamplona, ciudad real en el Reino de Navarra en la España citerior, acudieron apresuradamente de Cantabria tropas auxiliares en las que se encontraba Ignacio, junto con su hermano [Don Martín] que era quien las mandaba.»

Para penetrar todo el sentido histórico de este testimonio, conviene recordar lo que el gobierno y política del duque de Nájera significó aquellos años críticos en el ocaso de la autonomía de Navarra y en su incorporación definitiva a Castilla.

Cuando Cisneros nombró a don Antonio Manrique de Lara, Virrey del recién incorporado Reino, cuyas aspiraciones a la autonomía abrían a la ambición francesa portillo tan peligroso para España, perseguía el cardenal un doble objeto: asegurar el contacto de Navarra con el corazón de Castilla, y contar en caso necesario con el apoyo de la fidelísima Confederación guipuzcoana, de antiguo leal al Rey castellano. Lo primero se lograba por la posición geográfica del ducado de Nájera que unía a Navarra con la Bureba y Burgos, y en el que el prócer riojano podía reclutar y mantener a propias expensas un ejército de 3.000 peones y 700 caballos (13). Para asegurar lo segundo, diósele al duque como asesor y presidente de su consejo de gobierno al prudente y prestigioso guipuzcoano don Rodrigo Mercado de Zuazola, el Cisneros de aquella provincia, fundador de la Universidad de Oñate y Obispo a la sazón de Avila. «Siendo el Obispo —nos dicen los Anales de Navarra— natural de Guipúzcoa y persona de tanta autoridad, podría vencer dificultades y traer a Navarra cuando fuese necesario socorros muy prontos de aquella Provincia, como también de los otros países de Cantabria» (14).

Esta perspectiva histórica es precisamente el marco en el que Iñigo de Loyola había pensado encuadrar y labrar su fortuna. Hasta 1517 sirvió en Arévalo al prócer castellano —algo pariente de los Loyolas— Don Juan Velázquez de Cuéllar (15); pero al cerrarse ese año en Arévalo y en la Corte su porvenir —por la caída de su protector—, entró a servir al nuevo Virrey de Navarra, deudo también de su casa. En su condición de guipuzcoano y de vástago de

(13) Cf. H. BÖHMER, *Studien zur Geschichte der Gesellschaft Jesu*. I. Loyola. Bonn a. R. 1914, p. 22, nota 4, con sus fuentes.

(14) En los Anales, V, n. 17, p. 363.

(15) Sobre las relaciones de Iñigo con Velázquez siguen siendo indispensable el estudio del P. FITA, S. J., en el Boletín de la Real Academia de la Historia, 17 (1890). p. 490 ss.

los Oñaces y Loyolas, sería junto a Mercado y Manrique un poderoso auxiliar en la táctica de gobierno implantada en Navarra.

Y efectivamente, aun antes del episodio de Pamplona, prestó Iñigo buenos servicios al duque en Guipúzcoa. «En cierta ocasión —nos dice el secretario de Ignacio Polanco— fué enviado por el duque de Nájera (que era también Virrey de Navarra) a arreglar en la provincia de Guipúzcoa ciertas discordias que la traían revuelta. Resplandeció mucho su prudencia en este asunto, pues fué tal su proceder que restableció la concordia entre las partes con gran satisfacción de ellas» (16). El profesor de Deusto, P. Pérez Arregui ha mostrado, mediante un sagaz y sensato paralelo de fuentes que se trató, por todas las trazas, de los disturbios producidos en 1520-1521 por el nombramiento del nuevo corregidor de la Provincia Acuña, juntamente con los movimientos de las Comunidades que también en Guipúzcoa se dejaron sentir aquel turbulento año (17).

Nótese que estamos ya en 1521, en vísperas de los días de Pamplona. Aun a priori sería fácil entender que —fuera que Iñigo se hallase todavía en Guipúzcoa o que hubiera vuelto ya a Navarra— no dejarían el Virrey y el Obispo Mercado, que seguía a su lado, de aprovechar de nuevo en tan críticos momentos los servicios de Loyola en Guipúzcoa. Encerrarle en la ciudadela de Pamplona equivaldría a atar a un solo punto una lanza cuya mayor virtud estaba en la potencia simultánea de resistencia y atracción. Mandándole a Guipúzcoa en demanda de auxilio, y subordinándole para el caso de vuelta al jefe navarro en la ciudad Don Francés de Beaumont, lugarteniente del duque mismo, se obtenía el mayor rendimiento. Es lo que a posteriori confirman los dos nuevos testimonios de Nadal. Si en ellos no se nombra a Beaumont, es porque las tropas auxiliares se presentaron ante Pamplona —por lo visto— cuando ya el caudillo navarro había tenido que abandonarla el 17.

Qué contingentes eran los que Iñigo logró conducir de Guipúzcoa? Desde luego no eran las milicias en pleno de la Provincia. Estas tardaron todavía un mes en concentrarse hacia el Sur en La Guardia de Alava, camino de Logroño que íos franco-navarros habían cercado después de conquistada Pamplona. El 19 de Junio, 24 compañías con un total de 3.500 hombres (entre los que descollaban los 102 milicianos de Azpeitia, mandados por el Capitán Juan López)

(16) En *Chronicon*, I, p. 13.

(17) En Pérez Arregui, *ob.*, *cit.*, p. 73-75.

aceptaron en Laguardia por su coronel nominal al hijo mayor del duque de Nájera Don Juan —mancebo de solos 14 años—, poniendo a su lado con la dirección efectiva al maestre de campo Juan Pérez de Anciondo de Tolosa, que cooperó valientemente, al lado del duque de Nájera y de Don Francés de Beaumont, en la brillante y decisiva victoria de Noain, 28 de Junio. Aun así se consideró tan rápida y precipitada aquella movilización, que no se pudieron guardar en el nombramiento de jefes las prescripciones del fuero guipuzcoano que hacía privativos de la Junta general de la Provincia dichos nombramientos (18).

No fué pues la tropa que acaudilló Don Martín y condujo Iñigo a Pamplona el grueso de las milicias de la Provincia, sino una avanzada de ellas. El hecho de que viniera Don Martín como su capitán hace creer que se trataba desde luego de servidores de los cuarenta caseríos dependientes de Loyola. Mas por rebuscas que tengo iniciadas en el libro del Archivo de Azpeitia, «Repartimientos 1516-1538», me inclino a creer que el grueso de la tropa procedía de la «levantada» de Oyarzun, anterior a la que se concentró en La Guardia: los soldados reunidos en esa «levantada» —en la que consta formaron algunos azpeitianos— creemos fueron los que Don Martín e Iñigo condujeron a Pamplona entre el 14 y 18 de Mayo (19). ¿Fueron muchos? Fueron al menos los suficientes para que los dos bravos capitanes se ofrecieran a defender con ellos la capital de Navarra, con tal que su concejo les cediera el mando pleno de la ciudad. No es pues sólo el valor personal de Iñigo el que los nuevos textos iluminan; es la lealtad de toda la casa de Loyola y el mérito estratégico de aquella rápida jornada auxiliar (Nadal dice *celeriter*), tan conforme al plan general de defensa del duque de Nájera y de su consejero el Obispo Mercado. Por eso Iñigo creyó ignominioso que también él se retirara.

Así se ilumina también toda la gloria que ante sus jefes y la opi-

(18) Véase sobre estos sucesos a P. GOROSABEL. Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. V. Tolosa, 1900, p. 81-88-89. Añado noticias del Archivo de Azpeitia, cf. nota 19.

(19) En el manuscrito del Ayuntamiento de Azpeitia «Repartimientos 1516-1538», aparecen tres levas o «levantadas» escalonadas de milicianos: la de *Oyarzun* que da lugar a una expedición de 7 a 10 días por el Norte a Pamplona, fol. 116; *la de Villafranca*, con dirección a La Guardia y Logroño en la que las milicias sirven de 20 a 25 días durante el mes de Junio, fol. 115-116 (es la que llevó a la batalla de Noáin); y finalmente, la del *Castillo de Beovia* para socorrer a Fuenterrabía, posterior a los hechos de Iñigo, Octubre 1521.

nión se conquistó el herido de Pamplona, y que al mejorar de sus heridas desde el 29 de Junio, viera abrirse ante su mirada soñadora horizontes sonrosados de una gloriosa carrera. La señora de sus pensamientos en aquella convalecencia no era condesa ni duquesa, sino dama de más alta jerarquía. Podrá ser bella en literatura, pero es absurda en Historia la expresión de D. José María Salaverría en su reciente estudio «Loyola». «Los sueños de guerra, las ambiciones cortesanas, los halagos galantes, todo ha fracasado. Una simple bala ha puesto doble cerradura al arca de sus ensueños» (20). No: la bala de Pamplona, lejos de cerrar, abrió de par en par los portones de la carrera militar de Ignacio. No el pesimismo deprimente del fracasado, sino fuerzas de la más transcendente espiritualidad son las que empujaron hacia otros mares la nave.

Oigamos al mismo Ignacio en aquella serena y objetiva reconstrucción de los hechos de Loyola que hizo en 1555 a uno de sus confidentes el P. González de Cámara. Después de contar la conversión, añade:

«Hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano Don Martín: Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el duque). Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación. El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fué de manera que, sin apartarse de la verdad porque dello tema ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano... Y él se fué a Navarrete. Y viniéndole a la memoria de unos pocos ducados que le debían en casa del duque [no sería el sueldo de la campaña de Pamplona?] le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero. Y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndole el duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltasen, al cual deseaba dar una buena tenencia, si la quisiese acetar, por el crédito que había ganado en lo pasado. Y cobró los dineros mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte, a una imagen de Nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase

(20) En «Loyola», edición La Nave. Madrid, 1929, p. 45-46.

y ornase muy bien. Y así despidiendo los dos criados que iban con él, se partió solo en su mula de Navarrete para Montserrat» (21).

Sí, para Montserrat, para Jerusalén, para Alcalá, para París, para Roma, para la glorificación de Guipúzcoa y de España en la Restauración católica, para la inmortalidad de la Historia, para la santidad heroica.

Que en su nueva ruta no olvidó la lealtad a su Rey y a su patria, lo prueba el siguiente trozo íntimo de una carta de Nadal al P. Lainez, escrita confidencialmente para contar la primera entrevista que el mallorquín tuvo con Su Majestad Felipe II: con él terminamos esta nota:

«Hube grata audiencia [del Rey], y díjele... que éramos de muy veras aficionados a servir a Su Majestad en todas las cosas de nuestros ministerios, sacrificios etc., lo que siempre hacíamos nominatim, por estar Su Majestad en lugar tan alto y de donde pende casi toda la salud de la Cristiandad. 2.º Por la afección que dende su niñez le tuvo nuestro Padre Maestro Ignacio, en la cual nos ha criado a todos.» (22)

Oña, 13 de Julio de 1930.

Apologia ad doctores parisienses.

1557. Fol. 45-45 v.

En Archivo da la Compañía
«*Polanc. Hist. vol. I.*»

Dialogi pro Societate.

Anno 1562-1563. Fol. 293

En Archivo de la Compañía
«*Natalis Meditat, et Dialogi de Instituto.*»

Movit bellum anno 1521 Rex francorum adversum hispanos atque in Navarrae regnum validum misit exercitum. Cum autem obsidenda esset regia urbs Pamplona et in illius subsidium venissent frater Ignatii primogenitus et Ignatius ipse ac rem fere

Anno 1521, ut duces christianismi Regis valido exercitu Pompeiopolim, regiam urbem regni Navarrae in Hispania citeriori, essent obsessuri, ex Cantabria celeriter auxiliares copiae convenerunt: in his erat Ignatius cum fratre, qui copiis illis fuerat prae-

(21) En la llamada autobiografía de S. Ignacio, Scripta de S. Ignacio. I, Madrid, 1904, p. 43-44. Sobre las circunstancias de tiempo y lugar de esta visita de Iñigo al Duque en Navarrete se hallarán datos de interés en los artículos del R. P. JOSÉ A. LIZARRALDE, O. F. M. *San Ignacio de Loyola, penitente de Aránzazu*, en la Revista «Aránzazu» 9 (1929), p. 51 ss.

(22) En Epistolae P. Natalis, I, p. 424.

comperissent desperatam, contendunt enixe ab his qui urbem obtinebant ut sibi praefectura urbis concederetur: se illam defensuros confirmant. Hoc cum non obtinerent, tam acerbe tulit et infense Ignatii frater ut ne urbem quidem vellet ingredi et continuo cum milite discederet. Ibi vero Ignatius, ignominiae locoducens si ipse quoque discederet, simul in re difficillima animi magnitudine permotus ac gloriae cupiditate, relicto fratre, incitato equo in urbem se recipit; ipsum pauci sequuntur. Galli parvo negotio urbem occupant. Arcem vero cum acerrime urgerent et alii propugnatores de deditioe agendum censerent, propterea quod nihil videretur spei reliquum propter arcis infirmitatem, solus Ignatius sententiam tenuit ac valide tum praefecto persuasit tum militibus ipsis, spem esse in virtute ponendam ac fortiter pro Rege, pro honore et gloria decertandum. Sed cum acerrime bombardis muri quaterentur, ecce tibi missili globo frangitur crus alterum Ignatio, alterum male vulneratur. Hoc casu concidit Ignatius, simul omnibus animus concidit.

fectus. Verum gravi dissensione orta inter milites et cives, cum illi contenderent sibi tradi totam urbem et belli administrationem, hi constanter negarent; factum est ut domum re infecta exercitus rediret. Ibi Ignatius, incitatus animi magnitudine et gloriae cupiditate, solus concitato equo in urbem se coniecit: hunc, ne eius virtuti cedere viderentur sequuti sunt equites pauci. Obsidetur urbs, occupatur ab hostibus, dedentibus sese civibus, totus belli impetus in arcem ingruit, bombardis muri dissipantur: urgebant hostes, res erat in magnis angustiis. Etamsi fortiter tam acris et periculosa oppugnatio sustineretur, res tamen omnium sententia ad deditioem spectabat. Ignatius erat solus qui animi magnitudine atque alacritate, tum orationis acrimonia obtinuit, ut reiecta spe deditiois, omnes fortissime ad propugnandum arcem accingerentur, donec altero crure illi misere effracto missili globo, altero gravissime vulnerato, concideret: que cadente, concidit simul animus propugnatorum.